

Una espiritualidad desde y para la vocación misionera ad vital

Por José Manuel Madruga Salvador, IEME
Director de la Revista Misiones Extranjeras

1. LA VOCACIÓN MISIONERA AD VITAM

1.1. Su especificidad paradigmática

Además de la vocación general de todo cristiano, como exigencia del bautismo, existe una *vocación misionera peculiar y específica* que puede darse en cada estado de vida: laical, de vida consagrada, sacerdotal.

“Aunque a todo discípulo de Cristo incumbe el deber de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere para que lo acompañen y los envía a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia institutos, que reciben como misión propia el deber de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia” (AG 23).

Necesitamos identificar lo que constituye la vocación o el carisma misionero, para distinguir lo que es una vocación misionera específica y la dimensión misionera que es propia del ser cristiano.

El hecho de precisar lo específico de la vocación misionera no debe llevarnos a entender al misionero con rasgos tan peculiares o específicos que lleguemos a pensar que sólo unos pocos absorben la actividad misionera; pero tampoco podemos diluir hasta tal punto el servicio misionero que no implique las características de un carisma; y un carisma no es dado a todos, sino a algunos, independientemente de la forma de realizarse o de vivirse. Se da, por tanto, en la Iglesia un carisma específico que se entrega a algunos destinatarios de un modo pleno o más patente, pero no por ello significa que toda la iglesia local no deba asumir su responsabilidad y que otros no lo puedan vivir con una intensidad distinta¹.

El carisma misionero, don particular del Espíritu a ciertas personas, tiene algunas características como la exclusividad del compromiso, la universalidad del horizonte, la totalidad de la dedicación, la radicalidad de la vida que se asume. Se trata de la *vocación misionera ad vitam*, con derivación explícita hacia la misión ad gentes. Es una vocación “que tiene como modelo la de los Apóstoles y se manifiesta en el

¹ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *Corresponsables en la misión*, IITD, Madrid 1998, 103.

compromiso total al servicio de la evangelización; se trata de una entrega que abarca toda la persona y toda la vida del misionero, exigiendo de él una donación sin límites de fuerzas y de tiempo” (RMi 65).

Esta vocación especial de los misioneros *ad vitam* conserva toda su validez: representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que siempre necesita donaciones radicales y totales, impulsos nuevos y valientes (cf. RMi 66). La *Redemptoris missio* invita a avivar la gracia de esta vocación específica, emprendiendo con valentía nuevos caminos y prefiriendo los lugares más humildes y difíciles (cf. RMi 66).

1.2. Su vivencia y expresión eclesial

La vocación misionera queda matizada según el estado de vida o vocación peculiar de cada persona o de cada grupo. Si se trata de la *vocación laical*, habrá que tener en cuenta las cuatro notas características: ser fermento evangélico, dentro de las estructuras humanas, según la propia responsabilidad y en comunión de Iglesia (cf. LG 31; AA 29; ChL 15). Estas características matizarán el hecho de colaborar en los campos de misión *ad gentes*, especialmente donde el laicado es más necesario².

La historia nos enseña que los laicos siempre estuvieron presentes en la misión de la Iglesia en general, y en la misión *ad gentes* en particular, pero de un modo especial en los primeros momentos de la Iglesia. Más tarde al entender la Iglesia desde la distinción clérigos/laicos, se redujo la responsabilidad y el protagonismo de los laicos. Superada, de alguna forma, esta concepción de la Iglesia como fruto del Vaticano II que recupera la convicción de la igualdad fundamental de todos los bautizados y de las responsabilidades de los laicos, especialmente en el campo secular, en las estructuras del mundo, se han abierto de nuevo las puertas para vivir no sólo su dimensión misionera desde su propia comunidad eclesial sino también para ser portadores del carisma misionero *ad gentes*³.

La vida consagrada se encuentra profundamente insertada en la intimidad de la Iglesia, en su naturaleza más profunda. Por la variedad de formas que la caracterizan, ha servido al ejercicio de la misión según las distintas circunstancias. La misma historia nos enseña que la vida consagrada, en sus diversas formas, ha estado presente en la acción misionera de la Iglesia y ha ido generando formas y modalidades diversas de inserción y de presencia misioneras. La vocación a la *vida consagrada*, en todas sus variedades, tiene las características de una cierta profesión o compromiso (consagración) ante la Iglesia, como especial imitación de la vida evangélica radical de los Apóstoles. Se trata del seguimiento evangélico radical, de la vida fraterna o comunitaria según diversas modalidades y de la disponibilidad misionera. La disponibilidad para la misión universal *ad gentes* es connatural en cada tipo de vida consagrada. Pero hay algunas instituciones o

² Documentos sobre el laicado misionero: LG 30-38; AA 10; GS 38,43; AG 2,6,13,21,41; EN 70-75; ChL 7-8, 25-27, 64; RMi 71-74; CEC 897-913; CIC 224-231; Santo Domingo 94-103; EEu 41-43,99.

³ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *Corresponsables...* 82.

institutos misioneros de vida consagrada que asumen este compromiso misionero de modo preferente⁴.

La *vocación sacerdotal* o del sacerdocio ministerial hace referencia a la figura de Cristo sacerdote y Buen Pastor, como signo transparente y portador suyo. La vida apostólica, de seguimiento evangélico radical, de fraternidad y de misión es también innata a esta vocación, aunque no existan compromisos públicos (como pueden ser los votos).

La dimensión misionera universal arranca del hecho de asumir la sucesión apostólica (en grado de obispo, de presbítero o de diácono), como gracia comunicada por el sacramento del Orden. Es importante el hecho de situar al presbítero dentro del ministerio apostólico y del presbiterio que continua su función, porque con ello queda ya abierto a una misión universal y a la solicitud por todas las iglesias.

Si los presbíteros están llamados a "cooperar en el trabajo pastoral de toda la diócesis y aún de toda la Iglesia" (LG 28), ello deriva de su participación peculiar en el sacerdocio y misión de Cristo. Por esto, "el don espiritual que recibieron los presbíteros en la ordenación no los dispone sólo para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación hasta los confines de la tierra (Hch 1,8), porque en cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles. Porque el sacerdocio de Cristo, de cuya plenitud participan verdaderamente los presbíteros, se dirige por necesidad a todos los pueblos y a todos los tiempos... Recuerden, pues, los presbíteros que deben llevar en el corazón la solicitud de todas las iglesias" (PO 10)⁵.

El sacerdote diocesano, en cuanto diocesano, tiene una obligación misionera, que debe realizarla tanto en su lugar de origen como en otra iglesia en el caso de que haya recibido el carisma misionero ad gentes. La historia nos dice que esto no siempre se ha vivido con esta clarividencia.

La vocación misionera específica (laical, religiosa, sacerdotal) se vive ordinariamente en relación con alguna institución misionera estrictamente dicha, que solemos llamar "Orden", "Congregación", "Instituto misionero", "Sociedad de vida apostólica", "Asociación" o simplemente cauce misionero. Puede también darse en relación con una diócesis abierta a la misión ad gentes, especialmente cuando esa iglesia particular ha recibido el encargo misionero específico de la Santa Sede o por otros compromisos personales y comunitarios (misión de Iglesia-Iglesia)⁶.

2. EL CONTEXTO ACTUAL DE LA VOCACIÓN MISIONERA AD VITAM

2.1. Problemática eclesial

⁴ Dimensión misionera de la vida consagrada: LG 43-47; PC; AG 18,40; EN 69; RMi 69-70; VC 72-74, 77-78; CEC 914-933; CIC 573-730; EEu 37-40.

⁵ Dimensión misionera universal del sacerdote ministro: PO 10-11; OT 20; AG 20,38-40; EN 68; RMi 63-64, 67-68; PDV 2,4,14,16-18,23,31-32,59,74-75; EEu 34-36.

⁶ Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Compendio de Misionología*, Edicep, Madrid 2007, 75s.

Es cierto que la misionariedad de la Iglesia está siendo cada vez más una realidad efectiva y no solamente un enunciado. Todas la Iglesias para todo el mundo es el lema acuñado últimamente sobre el que se plantea la animación y cooperación misionera entre las Iglesias por parte de las instancias misioneras.

Siendo esto verdad y representando un avance importante en el grado de conciencia misionera de la Iglesia, sin embargo nos encontramos con un hecho irrefutable y es que, a pesar de todas las actividades de animación y de formación misionera no acaban de salir las cuentas en términos de personas que dediquen su vida a la misión ad gentes. Más bien disminuyen las vocaciones específicas ad gentes y ad vitam. Parece ser que el espíritu misionero no encuentra muchas respuestas radicales por parte de personas que se planteen como prioridad el anuncio del Evangelio⁷.

Tendríamos que examinar críticamente la concepción de iglesia local, la que nosotros tenemos, el mismo instrumento jurídico de la incardinación, por el cual estamos insertos oficialmente en una diócesis, y que se puede convertir en una razón suficiente para no sobrepasar confines, no sólo religiosos y culturales, sino también geográficos⁸.

Por supuesto que últimamente han florecido y florecen otras formas de colaboración con la acción misionera de la Iglesia, pero aquí nos estamos refiriendo a la vocación misionera ad vitam. La misión no puede ser entregada a los medios tecnológicos, a una mejor organización y al envío de recursos financieros, motivo muchas veces dominante en nuestra animación misionera. No hay misión sin misioneros.

La corresponsabilidad misionera de las Iglesias es real cuando hay miembros que de una Iglesia van a otra para el servicio evangelizador. Es necesario dar un salto de calidad en el trabajo de cooperación misionera: de la animación y formación al envío. Sin el envío, la corresponsabilidad carecería de sentido y nuestro trabajo quedaría reducido simplemente a recoger fondos.

Ahora bien, cuáles pueden ser las posibles causas que estén gravitando sobre el déficit de vocaciones misioneras y sobre la pérdida de su radicalidad. Enumero simplemente algunas en el ámbito de la reflexión teológica:

- *Una comprensión inexacta y limitadora de la iglesia local.* Hay que trabajar, por supuesto, a favor de la iglesia local pero para ponerla al servicio de la humanidad. Si son las iglesias locales quienes deben hacer concreta y visible la Iglesia universal, les corresponde también hacer visible su dimensión católica. Las iglesias locales deben considerar la universalidad como un componente normal de su propia vida. Normalmente nos encontramos con una pastoral, sobre todo, orientada a mantener, conservar, proteger sin dimensión misionera alguna.
- *Una concepción reductora de la misión* que corre el riesgo de convertirse cada vez más en colaboración para los proyectos de desarrollo y no preocuparse tanto por el anuncio e intercambio de

⁷ Cf. V. DEL PRETE, *Por un relanzamiento de la vocación misionera*, «Omnis Terra» 381 (2008) 248.

⁸ Cf. ID., *Sin enviados no existe misión*, «Omnis Terra» 376 (2009) 42.

personal. Esta concepción desemboca en más envío de recursos económicos y menos mensajeros del Evangelio.

- *Una concepción restringida del ministerio sacerdotal.* La tendencia en muchas iglesias, llamadas de vieja cristiandad, es considerar al presbítero como servidor de las necesidades sacramentales y pastorales de su comunidad, más que como misionero del mundo para el cual ha sido ordenado. De esta forma se restringen los horizontes del propio compromiso misionero, que asumen una dimensión doméstica. Aún uno se encuentra con seminaristas a quienes no se les ha proyectado las fronteras de humanidad y del mundo, sino una comunidad cristiana, un grupo, un movimiento, la propia iglesia local, sin pensar en los que están fuera y lejos.
- *El discurso intraeclesial de la comunión.* En estas circunstancias la categoría comunión puede quedar prisionera de un discurso intraeclesial. Es cierto que somos muy dados en la Iglesia a repetir por activa y por pasiva, después del Vaticano II, que toda la Iglesia es misionera, pero la repetición de fórmulas no es por sí misma generadora de compromisos misioneros. Sin duda alguna que el movimiento misionero ad gentes ha crecido, en sus diferentes formas, en estos últimos años, pero queda la duda de si realmente ha calado en profundidad e incide realmente en los procesos de las Iglesias, en sus opciones y en sus pasos. ¿Lo misionero es algo epidérmico o es la misma entraña de la Iglesia?⁹.

2.2. Problemática antropológica y social

Hoy día se da otra problemática propiamente antropológica y social que disminuye el ímpetu misionero y que no ofrece suficientes motivaciones para dedicarse exclusivamente a la misión ad gentes.

Nadie niega hoy la evidencia de la prolongada escasez vocacional en la iglesia europea. Respecto a las causas que nos han llevado a esta situación, encontramos una mayor variedad de explicaciones e interpretaciones. Juan Carlos Martos, en su reciente libro *Abrir el corazón*¹⁰, hace referencia sucintamente a las siguientes causas. "Unos destacan, como causa determinante de tal penuria, la situación actual de la Iglesia y de la sociedad (descenso de la natalidad, secularización, indiferentismo, descrédito y desafección hacia la institución eclesial, etcétera); otros, sin negar lo anterior, subrayan en particular la falta de testimonio, a veces con escándalos incluidos, de sacerdotes y consagrados; finalmente, otro grupo achaca el problema en particular a la desorientación existente en aspectos básicos como el poco convencimiento y la escasa valoración de la propia vocación, el problema de la identidad, el estilo de vida secularizado, los criterios errados de

⁹ Cf. *Ibid*, 250s.

¹⁰ J. C. MARTOS, *Abrir el corazón, Animación vocacional en tiempos difíciles y formidables*, Publicaciones Claret, Madrid 2007, 12.

elección vocacional y de formación, la pobre vida comunitaria, la evidencia de una necesaria purificación”.

Con respecto a las posibles soluciones y remedios a tomar para afrontar esta situación, la pluralidad de opiniones parece, no tiene límites. Bien es verdad, por otra parte, que este no es un tema que a mí se me haya encomendado, aunque me ha parecido oportuno tomar en consideración a la hora de tener que hablar de una espiritualidad desde y para la vocación misionera ad vitam, y en esta parte quisiera resaltar el “desde”.

2.3. Profundizar en las motivaciones religiosas

La vocación necesita motivaciones religiosas porque la misma actividad misionera está relacionada con la motivación religiosa esencial. Es necesario convertir profundamente nuestros corazones y nuestras mentes a Cristo, porque solamente el amor de Cristo conducirá a su Iglesia y a nosotros a anunciar el Reino de Dios. El misionero nace de la fe, vive por la fe y por ella está dispuesto a morir. Es necesario retomar el paradigma de la llamada, del envío.

“La infecundidad vocacional –dice Amedeo Cencini– ¿no será un signo inquietante de un organismo eclesial enfermo o que no goza precisamente de buena salud?”¹¹.

El hecho de que haya crisis vocacional no quiere decir que, necesariamente, haya crisis de animación, de buena voluntad, de esperanza y de ganas de seguir trabajando a pesar de las dificultades y de la escasez de resultados. Pero también es verdad que se necesita el coraje de abandonar cierta lógica o de comprender que no es sostenible. No hay que empeñarse en que vuelva un cierto pasado, ni pretender querer meter por la fuerza toda la diversidad vocacional dentro de una sola idea de vocación. Habría que tener el coraje del “vino nuevo en odres nuevos”¹².

Nos preguntamos por el porqué de una respuesta vocacional *pobre* (no hay más que ver la disminución numérica) y también *precaria en calidad* de la adhesión, allí donde la hay. Precaria sobre todo cuando no está suficientemente animada por la conciencia de sentirse llamados a una misión y de sentirse enviados a los demás; pobre porque es pobre una identidad (y una vocación) concebida simplemente en función de uno mismo y de su propia realización (psicológica o espiritual, en términos de perfección o de salvación, siempre rigurosamente personales). El término “opción” como construcción del propio proyecto no puede suplantar al término “vocación” como obediencia al proyecto divino manifestado en la comunión eclesial¹³.

La vocación es un don de Dios. Es necesario recuperar la conciencia de sentirnos llamados para una misión y de sentirnos enviados a los demás. La vocación tiene que poner en primer lugar la llamada que viene del Dios-que-llama. Esta llamada

¹¹ A. CENCINI, *Llamados para ser enviados. Toda vocación es misión*, Paulinas, Madrid 2009, 7.

¹² Cf. *Ibid.*, 7-9

¹³ Cf. L. TRUJILLO, *Entre la experiencia interior y la llamada eclesial*. XXX Simposio Internacional de Teología del Sacerdocio, Facultad de Teología, Burgos 2009; *Dar razón de la misión hoy*, IEME, Madrid 2006.

tiene que ser el alimento adecuado que nutra y fecunde la vida y la elección vocacional del individuo.

Hoy somos conscientes de que la idea de misión ejerce una fascinación muy grande sobre la sensibilidad del joven de hoy. Y es que el ser humano está hecho para hacer fecunda su propia vida donándola a los demás: "la forma de servicio, dice Cencini, correctamente entendida, como coparticipación de la verdad, del amor, del gozo, no puede menos de iluminar y atraer a un joven en búsqueda de su propia identidad"¹⁴.

Es necesario y urgente que la pastoral vocacional se haga más misionera, más propensa a mostrar la misión, que es la verdadera razón de cualquier llamada que viene de lo alto, porque Dios llama siempre enviando a los otros, nunca nos llama para ser más nosotros mismos ni para complacernos en la sensación de nuestro propio yo. El concepto de misión es por sí mismo parte de la idea de vocación; el sentido de la misión es intrínseco a la idea de vocación, puesto que no puede haber vocación cristiana sin misión. Dios llama a tener cuidado de los otros, no llama simplemente a auto-realizarse, y mucho menos a preocuparse de la propia salvación y perfección individual, al contrario, Dios llama a la persona para la Iglesia, para la comunidad, para el mundo. Somos llamados a existir para los otros. El joven se siente más atraído por una llamada que implique una misión, que por un simple deseo de ser él mismo.

La misión se convierte, por lo tanto, en parte integrante del proceso vocacional, en su elemento constitutivo, punto de llegada y de salida, lo que nos motiva y nos ofrece vitalidad y un objetivo para nuestra vida. Cualquier camino que se emprenda en el acompañamiento vocacional no puede prescindir de estos valores y contenidos: misión, como fuego que arde; misión, como conciencia de envío y misión como pasión por el otro¹⁵.

La dimensión misionera, si es constitutiva de un proyecto vocacional, lo debe ser también de los procesos de formación y de acompañamiento de quienes, habiendo sentido la llamada, caminan hacia la toma de responsabilidades al servicio del Reino de Dios.

2.4. Necesidad de itinerarios formativos

Ante el gran movimiento misionero que ha caracterizado a la Iglesia del Vaticano II y el Magisterio misionero, habría que haber esperado encontrarse con unos presbíteros y religiosos, animados por la pasión de la misión y formados en la disponibilidad al servicio del Reino. Desgraciadamente la realidad es diferente. Más bien se ha dado una involución en los procesos formativos, a nivel espiritual, cultural y humano. Dice Vito del Prete, Secretario general de la PUM, que "existe la tendencia a considerar la misión en términos de cura pastoral de los propios fieles, sin la pasión de lanzarse a los amplios horizontes del mundo con radicalidad evangélica, con espíritu de profecía"¹⁶.

¹⁴Cf. A. CENCINI, *Llamados para ser enviados...*, 13.

¹⁵ Cf. *Ibid.*

¹⁶ Cf. V. DEL PRETE, *Por un relanzamiento de la vocación misionera*, «Omnis Terra» 381 (2008) 253.

No tendríamos que olvidar que la misión es la realidad fundadora de la Iglesia y el kerigma es la categoría fundadora de la fe y de la praxis. Y lo es también de la ciencia teológica. Por consiguiente, la misión tiene que fundamentar, acompañar y realizar todos los aspectos formativos. El problema no es sencillo porque requiere el cambio de mentalidad, de currículos académicos, de itinerarios formativos que son parte de una tradición y de una praxis más que centenaria. Se forman sacerdotes, religiosos y religiosas, preparados no tanto para evangelizar (misión ad gentes) como para la cura pastoral, el mantenimiento y cuidado de lo que tenemos.

No dudo de que no se esté trabajando en los seminarios por dar una formación imbuida de la pasión misionera. No obstante, deberíamos estar más convencidos de que no puede existir una formación presbiteral y religiosa sin que toda ella esté impregnada en profundidad por la misión. La misión, además, es un fuerte valor formativo que purifica y enriquece la motivación vocacional. Cuando esto no es así nos encontramos con seminaristas, que una vez ordenados presbíteros abandonan los horizontes universales y sus grandes ideales misioneros mueren a la sombra de los campanarios de sus parroquias.

La teología de la evangelización debería constituir el fundamento de cualquier impostación eclesiológica, porque cada iglesia particular debe realizar la misión ad gentes también sobre su propio territorio. Si no, la conversión pastoral de la que hablamos, sobre todo, en las iglesias occidentales, no será más que un pío deseo.

Es necesario revisar los planes de estudio de nuestros Centros de Formación (seminarios-noviados) teniendo en cuenta que el kerigma es una de las categorías fundadoras de la reflexión teológica. Además, en un momento de transición cultural como el que estamos viviendo, tenemos que ser conscientes de que el Evangelio debe hacerse presente en nuevos areópagos, en los cuales hay que emplear una nueva metodología apostólica, que requiere mucha creatividad¹⁷.

La creatividad, la nueva metodología, las nuevas formas de presencia son fruto de procesos de formación e interiorización. La formación es uno de los aspectos más necesarios y más delicados de la misión de la Iglesia. No olvidemos que la formación debe ir dirigida a los obispos, presbíteros, religiosos y religiosas, laicos y laicas comprometidos. De ellos depende la vitalidad de nuestras iglesias locales y su compromiso misionero. Pero no olvidemos que, la formación por tender a cambiar nuestros criterios y nuestros modelos de vida para configurarnos con Cristo, es una tarea difícil. Sólo es posible, mediante la fuerza persuasiva de la necesidad de la cruz.

3. ELEMENTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD MISIONERA

La misión no es principalmente un concepto, sino "alguien" que envía, el Señor resucitado, enviado por el Padre. No basta con estudiar los contenidos doctrinales y las aplicaciones pastorales de la misión, sino que se necesita vivir la misión y configurar el estilo de vida de quien se dedica a la misión.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, 254.

La misión, recibida de Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, debe vivirse como "vida en el Espíritu" es decir con una espiritualidad consecuente. La espiritualidad como vivencia de la misión en sintonía con Cristo es esencial en la vida misionera. Y no se trata de un simple proceso de interiorización ni menos de una actitud subjetivista, es un compromiso para un camino de renovación eclesial, personal, comunitaria y estructural.

El misionero necesita de una contextura interior, de un andamiaje que le permita llevar adelante con garantía la tarea misionera. La espiritualidad del misionero se concreta en "actitudes interiores" (EN 74), todas ellas impregnadas de relación personal con Cristo. Son actitudes de relación familiar con Dios, de confianza filial en sintonía con los planes salvíficos de Dios, de amistad con Cristo, de fidelidad a la acción y presencia del Espíritu Santo, de escucha contemplativa de la palabra de Dios, de sensibilidad respecto a los problemas de los hermanos redimidos por Cristo. No hay espiritualidad posible sin una experiencia de Dios.

La espiritualidad misionera es el estilo de vida que corresponde al mandato misionero de anunciar el evangelio a todos los pueblos. La espiritualidad misionera equivale a la vivencia de la misión como fidelidad generosa al mismo Espíritu. Hay que prestar atención a la vivencia y al espíritu con que se realiza la misión en sí misma.¹⁸

Los elementos fundamentales de la espiritualidad misionera los podemos encontrar a partir de la figura del Buen Pastor que se transparenta a través de las figuras misioneras de todas las épocas, desde Pablo hasta nuestros días. Una verdadera espiritualidad no puede prescindir de los elementos transmitidos por los grandes misioneros que nos han precedido. Estos, a su vez, se enraízan en toda la rica tradición de la Iglesia y, en último término, en el Evangelio. Sin embargo, los matices, los acentos, la forma de sentir y vivir los motivos de siempre, sí pueden cambiar.

Las líneas básicas de la espiritualidad misionera se pueden deducir de los tres elementos que componen la "vida apostólica" de todas las épocas: seguimiento evangélico de Cristo, fraternidad o vida comunitaria del grupo, disponibilidad misionera. En realidad, es este último elemento el que matiza la generosidad evangélica y la vida fraterna del misionero en general y en particular.

Pretendo hacer referencia a algunos elementos que creo hoy es preciso resaltar, a partir de una praxis misionera.

3.1. Recuperar la dimensión misionera de la espiritualidad

La fuente de la actividad misionera es la dinámica del amor trinitario. Los fundamentos de la misión son trinitarios y pneumatológicos. El impulso misionero está íntimamente ligado a la fuerza del Espíritu que actúa en el corazón de los misioneros. Su acción evangelizadora no depende tanto de una renovación teológica como de la calidad de vida que les anime.

¹⁸ J. M. MADRUGA SALVADOR, *Una espiritualidad para la misión ad gentes*, «Misiones Extranjeras» 210 (2006) 27.

La preocupación de todo misionero debe centrarse hoy en cómo aprender a ser dóciles al Espíritu Santo. Si de verdad queremos y deseamos que la misión no sea nuestra sino de Dios, tendremos que discernir bien las llamadas del Espíritu. Los frutos de un mayor compromiso misionero sólo serán posibles si hay un anclaje más profundo en Dios¹⁹.

El Espíritu aparece como el empuje de Dios para que la misión o el misterio de Dios se vaya abriendo camino en medio de la historia con unas perspectivas universales, ilimitadas, cósmicas. La vida en el Espíritu, según el modelo de Jesús, es apertura al horizonte de la misión y entrega a esta misión. La espiritualidad no puede no ser misionera, ya que en tal caso dejaría de ser vida en el Espíritu²⁰.

La dimensión misionera recuerda a toda espiritualidad que no se puede vivir del espíritu de Cristo sin ponerse, con Él y como Él, al servicio de los hermanos y de la universalidad. "Nuestro tiempo –dice Vito del Prete– conoce una cierta dicotomía entre el compromiso y el servicio por una parte, y la búsqueda de interioridad por otra"²¹. Necesitamos, por tanto afrontar esta dicotomía, por un lado ayudando a comprender que existe algo que es todavía más importante que las necesidades materiales: la necesidad de Dios y, por otro, tratando de llevar la inquietud a unas vidas individualistas y consumistas para abrirlas a formas de solidaridad humana y cristiana.

Esto implica un proceso de discernimiento que no es fácil y al que muchas veces no damos la debida importancia pero que nos debería indicar cuál es el lugar más adecuado en medio de la compleja trama de una sociedad globalizada, multiétnica y multireligiosa. Sin la espiritualidad misionera no es posible suscitar vocaciones misioneras. A todos se nos recuerda que mirar lejos en el nombre del Evangelio es tan importante como preocuparse de los vecinos.

3.1. Eclesialidad de la espiritualidad misionera

El misionero es un enviado de la Iglesia, por lo tanto la espiritualidad misionera ha de ser profunda y radicalmente eclesial. El misionero ha de vivir su vocación dentro de y desde la iglesia local como servicio a la misión de la Iglesia universal. Si las misiones del Hijo y del Espíritu pasan por la Iglesia y si ésta ha de ser mediadora de las misiones divinas, nadie puede considerarse misionero si no se siente insertado personal y existencialmente en su iglesia local y en la Iglesia universal.

A veces el misionero cuando se desentiende de la iglesia, de la comunidad de referencia predica y realiza su propia misión, pero no la misión del Hijo y del Espíritu. De ahí la necesidad de confrontar continuamente sus actitudes y tomas de posición para evaluar su eclesialidad.

El misionero es siempre un enviado que actúa en nombre de una comunidad, como testigo de una experiencia que le antecede. Nunca el misionero podrá inventar el Evangelio, sino servir al Evangelio que le ha sido transmitido con el sabor de la tradición.

¹⁹ Cf. J.-M. EYCHENNE, *Todos llamados a la misión*, «Omnis Terra» 384 (2008) 377.

²⁰ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *O. c.*, 169.

²¹ V. DEL PRETE, *Por un relanzamiento...*, 252.

La eclesialidad se tiene que traducir en una serie de actitudes como: espíritu de comunión eclesial, fraternidad, aceptación de la iglesia concreta, alegría de la pertenencia a la Iglesia, espíritu de catolicidad, sentir y descubrir la Iglesia²².

3.3. Algunos ejes vertebrados de toda espiritualidad misionera

La Iglesia entera, junto con la creación y la historia humana, y remontándose en sus raíces al amor fontal trinitario e impulsada por el Espíritu continúa la misión universal de Jesús a favor de la reconciliación y comunión gozosa de todos los seres humanos en el Reino de Dios.

Vemos cómo la iglesia local se reconoce, habitada por el mismo Espíritu, enviada por él a una misión que no es suya y le trasciende. De esta forma los cristianos se sienten así invitados a vivir y testimoniar la misión como discípulos de Jesús y con sus mismas actitudes.

La espiritualidad misionera está llamada a responder a los grandes desafíos de la misión y a insertarse en las corrientes espirituales que el Espíritu regala a la humanidad. Sin embargo, cuando miramos a la realidad en la que acontece la venida del Espíritu la descubrimos llena de gozosa esperanza pero también llena de amenazas. Es en este contexto que vive y realiza la misión el enviado.

Podemos decir que la vida del misionero es toda ella una biografía al servicio del Reino, en cuyo interior hay diferentes etapas dinamizadas todas ellas por la fuerza del Espíritu a través de los consiguientes procesos de purificación, iluminación y unión.

En el contacto con la realidad, el misionero oye gritos y susurros de “gozos y esperanzas, de tristeza y angustias” de los hombres y mujeres a los que el Señor le envía y trata de dar una respuesta evangélica que ilumine esas realidades y ayude a trascenderlas. Esos gritos tienen innumerables acentos según épocas y lugares, pero hay algunos más agudos para nuestra sensibilidad de hombres y mujeres de frontera que el espíritu del Señor nos hace vivir con mayor intensidad. Estos gritos van configurando la espiritualidad del misionero y se convierten así en rasgos específicos de su espiritualidad que le vienen exigidos por el contexto y la situación en que encuentra a sus hermanos cuando intenta mirarlos con los ojos de Cristo y desde su Espíritu²³.

Si miramos a la espiritualidad misionera de las instituciones misioneras surgidas en los siglos XIX y XX, vemos que se alimentan en parte, de los grandes motivos que impulsaron a sus inspiradores sin que ello haya sido un obstáculo para avanzar en el descubrimiento de nuevas motivaciones y ejes vertebrados de la espiritualidad. Aquella, podríamos decir, que fue una espiritualidad nacida en un contexto europeo que alimentó a muchos misioneros pero que entró en crisis a las puertas del Vaticano II y, sobre todo, en el postconcilio. Era una espiritualidad decididamente teocéntrica, cristocéntrica y eclesiocéntrica. Todo partía de quien envía (Dios, Cristo, la Iglesia, la institución, la diócesis) e iba hacia el destinatario. El misionero hacía un viaje desde Dios hacia el otro, desde su iglesia hacia las otras iglesias.

²² Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *O. c.*, 173.

²³ Cf. *La misión ad gentes*, material para el debate en el Foro de la revista «Misiones Extranjeras».

Llevaba para ellos un mensaje de salvación. Se trataba de un movimiento unidireccional. Es una direccionalidad que se percibe, incluso, en documentos como el *Ad gentes* del Vaticano II.

Algunos ejes vertebrados de la espiritualidad misionera: algunos se están viviendo en cuanto que son clásicos y están vigentes, otros se están afirmando y son fruto de la praxis y reflexión misionera.

- ***Docilidad al Espíritu.*** El Espíritu es quien forma en nosotros a Cristo que nos impulsa por los caminos de la misión. Él es el protagonista de la misión, por eso los misioneros tienen que estar muy atentos a la acción del Espíritu que siempre nos sorprende y nos descoloca. Si abrimos los ojos quedaremos admirados por todo lo que es obra del Espíritu y que abarca todo lo que es o ha sido auténticamente humano y está implícito en valores y compromisos de las personas de todas las épocas, culturas y religiones.

El Espíritu nos lleva a abrir más nuestra mirada para considerar su acción presente en todo tiempo y lugar, nos impulsa a ir cada vez más lejos, no sólo en sentido geográfico, sino también más allá de las barreras étnicas y religiosas, para una misión verdaderamente universal. Es el Espíritu quien nos llama a la oración para llevar a ella a los hermanos; nos lleva también a abrir los ojos y el corazón a la realidad, a los signos de los tiempos, para saber discernir la presencia activa y operante de Dios, hacia donde nos quiere la misión.

- ***Jesús, primer evangelizador.*** El misionero debe fijar los ojos en Jesús el primer evangelizador. Jesús participó en la experiencia espiritual de que el Reino venía. Esta experiencia fue como un fuego que encendió a otros fuegos. Tal vez uno de los déficits de muchos misioneros sea la debilidad de su experiencia espiritual de Dios Padre. Jesús experimentó que Dios se había aproximado a la historia humana y que había dotado al ser humano de posibilidades para la construcción del Reino. Tal vez tengamos que trabajar por crear condiciones mistagógicas y pedagógicas para que las nuevas comunidades que el misionero va creando puedan tener una experiencia profunda de Dios.

Esta experiencia religiosa de Dios es la que tiene que configurar a la persona humana. El misionero tiene que aspirar en su vida a la preexistencia y la kénosis: es importante ese domiciliarse con los pobres. Cristo realiza obras y combates contra las fuerzas del mal. Pasó por el mundo haciendo el bien, viviendo la praxis de la misericordia. A través de su bondad y su misericordia la gente de su tiempo vio que era bueno como Dios.

“En la Escrituras domina principalmente la figura de Cristo, que comienza su ministerio público precisamente con un anuncio de esperanza para los últimos de la tierra: «El Espíritu del Señor está sobre mí; porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos y la vista de los ciegos, para dar

libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19). Sus manos tocan repetidamente cuerpos enfermos o infectados, sus palabras proclaman la justicia, infunden valor a los infelices, conceden el perdón a los pecadores. Al final, él mismo se acerca al nivel más bajo, «despojándose a sí mismo» de su gloria, «tomando la condición de esclavo, asumiendo la semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre...se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz» (Flp 2,7-8)²⁴.

- **Lugar central de la Palabra.** El misionero tiene que vivir una relación íntima y personal con Cristo, en orden a una conversión completa al Reino de Dios, dejándose así tocar y transformar por la Buena Nueva, por la belleza del Evangelio. Sin duda alguna, que el misionero encuentra respuesta a los problemas y dificultades de la vida misionera a la luz de la Palabra de Dios y con la oración personal y comunitaria. Si no es un contemplativo no podrá anunciar el Reino de Dios de un modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir con los apóstoles: "Lo que contemplamos acerca de la palabra de la vida ... os lo anunciamos" (1Jn 1,1.3) (cf. RMi 91).

En el centro de la revelación está la Palabra divina transformada en rostro, el fin último del conocimiento de la Biblia no está "en una decisión ética o una gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (*Deus caritas est*, 1)²⁵.

- **Vivencia de los sacramentos como gracia y fuente de evangelización.** La Palabra de Dios tiene una casa en el Nuevo Testamento: es la iglesia que posee su modelo en la comunidad-madre de Jerusalén, la Iglesia, fundada sobre Pedro y los apóstoles. Lucas en los Hechos de los Apóstoles (2,42) esboza la arquitectura basada sobre cuatro columnas ideales, que aún hoy dan testimonio de las diferentes formas de comunidad eclesial: "Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan, y en las oraciones"²⁶.

Desde la Iglesia, Casa de la Palabra, es de donde sale la voz del mensajero que propone a todos el kerigma, o sea el anuncio primario y fundamental que el mismo Jesús había proclamado al comienzo de su ministerio público: "el tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca, ¡Arrepentíos! Y creed en el Evangelio" (Mc 1,15). La fracción del pan es el acto de la nueva alianza sellada con la sangre de Cristo (cf. Lc 22,20), es la obra suprema del Verbo que se ofrece como alimento en su cuerpo inmolado, es la fuerza y la

²⁴ *Mensaje al Pueblo de Dios* del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, nº 13.

²⁵ *Ibid.*, nº 6.

²⁶ *Ibid.*, part. III.

cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Por esta razón es que el Concilio Vaticano II, en un pasaje de gran intensidad, declaraba: "La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo "(DV 21). Por esto, se deberá volver a poner en el centro de la vida cristiana "la liturgia de la Palabra y la Eucaristía que están tan íntimamente unidas de tal manera que constituyen un solo acto de culto" (SC 56)²⁷.

La tercera y cuarta columna del edificio espiritual de la Iglesia, la casa de la Palabra, están constituidas por las oraciones (Liturgia de las Horas, Lectio Divina) y por la koinonía, la comunión fraterna. El misionero necesita del alimento espiritual de cada día y por ello, en medio de la actividad y de tantas demandas, deberá encontrar espacios y tiempos para la oración personal y comunitaria.

La oración es el medio y el ámbito privilegiado de encuentro personal con Dios, de penetración en el sentido de sus designios, de captación de las actitudes del mismo Dios. El misionero necesita de una profunda actitud de oración, entendida como encuentro y diálogo personal con la Trinidad. Es en la oración donde el misionero discierne y encuentra respuestas a muchos de sus problemas.

La oración es el alma de todo apostolado porque genera en el corazón del hombre el amor ardiente que movió al mismo Dios a salir de la felicidad de su trascendencia para acercarse a las necesidades de los hombres y conducirles a la realidad de la nueva creación. La oración alcanza una de sus cimas más elevadas en la contemplación que es fundamental en la espiritualidad misionera. La vida contemplativa no es alejamiento de la misión, sino comunión con el movimiento de amor por el que Dios se regala y se entrega a los hombres.

La oración y, más en concreto, la oración contemplativa es tan importante que es la que da a la misión cristiana su sello de validez y su garantía de autenticidad. Es esto lo que hace a la Iglesia no quedar reducida a una organización simplemente caritativa o a una institución de beneficencia social sino aparecer claramente como la celebración y anticipación de la misma vida divina ofrecida a los hombres.

La *Redemptoris Missio* nos recuerda que "el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es un contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble" (RMi 91).

- ***Pasión por el Reino de Dios y su justicia.*** El Reino es el proyecto de Dios que se comunica como creador y redentor. Se identifica con el amor infinito del Padre y, al igual que él, no tiene límites ni puede ser contrarrestado por condicionamiento alguno. El amor ilimitado de Dios tiene

²⁷ Cf. *Ibid.*, nº 8

como designio la plena realización del Reino y tiende a superar cuantos obstáculos le salen al paso.

El proyecto amoroso de Dios se manifiesta en Jesucristo, quien se identifica con el proyecto divino que constituye el Reino. Jesús es signo y sacramento del Reino; no solamente lo significa y proclama sino que lo realiza en su vida, muerte y resurrección. Por eso Jesús es el Reino en persona. El Reino es, ante todo, acción de Dios orientada por el Espíritu Santo a la venida de Jesucristo y a su plena realización. El espíritu de Jesús resucitado universaliza luego su misterio de salvación y lo hace operante en toda la creación y a través de toda la historia. Entroncada en el misterio pascual, la acción salvífica del Espíritu actúa por mediación de las iglesias que, con plenitud de medios, colabora en el establecimiento del Reino y nos prepara a recibirlo. También actúa a través de lo recto y verdadero de otras religiones aunque, en definitiva, la construcción del Reino es siempre obra de Dios.

El misionero es consciente de que la misión de la Iglesia es un servicio a la instauración del Reino de Dios, aunque, a veces, nos cueste entender que el Reino le construye Dios y el Espíritu de Jesús y no nuestras actividades. Nuestra participación en la misión de Dios para establecer el Reino, y en concreto nuestra propia misión como Iglesia, nos lleva a la contemplación del misterio de Dios. Se trata de descubrir en nosotros y en los otros la presencia divina, de ahí que necesitemos una conversión cada vez más profunda a los valores del Reino: a una percepción de Dios como amor sin condiciones y sin límites que se realiza, ante todo, en los excluidos, a un amor por todos los seres humanos a quienes percibimos como verdaderos hermanos y a una fe y esperanza plenas de que el Reino está ya realizándose y de que llegará a su plenitud.

También nos llama a la humildad, a ser servidores de un misterio que no poseemos ni dominamos pero al que, a veces, intentamos controlar colocándonos en situaciones de pretendido poder. El Reino que es, ante todo, acción de Dios es también respuesta a su llamada, volviéndonos a Él con amor y fidelidad, contemplando su misterio, compartiendo nuestra vida en comunión con los demás y promoviendo la justicia con el servicio y la entrega de nosotros mismos²⁸.

4. ALGUNOS ASPECTOS MÁS ESPECÍFICOS DE UNA ESPIRITUALIDAD PARA LA VOCACIÓN AD VITAM

La vocación cristiana es esencialmente misionera como exigencia del bautismo. Existe una vocación apostólica más concreta, según el estado de vida: laical, religioso, sacerdotal. Existe, también una vocación misionera especial, como dedicación "ad vitam" a la misión ad gentes (cf. AG 23; RMI 66). La *Redemptoris missio* evoca los rasgos de esta "vocación especial" y del "carisma específico". Por un lado, se asumen las orientaciones del Vaticano II (cf. AG 23-27) y se introducen

²⁸ Cf. *El Reino de Dios: horizonte y realización de la misión*. Documento elaborado por el Foro de la revista «Misiones Extranjeras»: «Misiones Extranjeras» 189 (2002).

algunos rasgos nuevos y significativos a partir de la encíclica de Juan Pablo II: se subraya el carácter carismático de esta vocación; se trata de una vocación especial que tiene como modelo la de los Apóstoles (cf. RMI 65); es una vocación que implica una integridad en el don de sí (RMI 65); es una vocación eclesial; conserva toda su validez; representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que siempre necesita donaciones radicales y totales, impulsos nuevos y valientes (cf. RMI 66). Es necesario avivar la gracia de este carisma específico.

La espiritualidad del misionero es fundamentalmente la misma que corresponde a todo evangelizador, pero con matices especiales, que tienen su punto de partida en la vocación específica. Cada vocación tiene sus gracias especiales. La espiritualidad del misionero ad vitam es espiritualidad de dedicación al primer anuncio, dedicación a poner las bases de una iglesia naciente no suficientemente con fuerzas para ser autónoma. La diversas situaciones misioneras, con su diferente complejidad y problemática, reclaman una profunda espiritualidad en el misionero. La tarea misionera exige hoy más que nunca autenticidad. Sólo con una rica espiritualidad sabrá el misionero encontrar el equilibrio necesario en los procesos de inculturación, de diálogo con otras religiones, de maduración de la iglesia local, de presentación de la Buena Nueva del Evangelio en esta etapa de globalización mundial.

La existencia de una vocación misionera específica reclama una actitud espiritual peculiar como así lo expresó el Vaticano II (AG 23-25) y la *Redemptoris missio* (87). Algunos aspectos a destacar:

4.1. Fuerte sentido de la vocación y de sentirse llamado

En esta espiritualidad hay un fuerte sentido de la vocación, es decir, la convicción de haber sido llamado personalmente, de que la historia de cada misionero no comienza en él mismo, sino en Dios.

En el punto de partida de toda vocación misionera está siempre, de alguna forma, la experiencia de fe y de encuentro con Cristo, la escucha de su llamada, de su envío a la misión, y la respuesta confiada de quien se ha sentido llamado y se pone en camino: "Sal de tu tierra de tu parentela" (Gen 12,1) hasta "Id y anunciad el Reino de Dios..." (Mt 10,7).

Quien ha sentido la llamada tiene la conciencia de haber sido llamado con un objetivo muy concreto: la pasión por la salvación de los demás que se basa en el descubrimiento de que Dios se preocupa antes por las personas que nosotros. Dios está apasionado por la salvación del género humano. El deseo de ir al encuentro del otro, diferente en cultura y religión, nace de la acción del Espíritu en nosotros que nos invita a realizar la voluntad del Padre manifestada en el Hijo que vino para servir y dar su vida para que todos vivamos en abundancia. La misión es fruto de la contemplación de la obra y voluntad del Padre, de la venida de su Reino. La misión es colaboración humilde y confiada con la obra de Dios, con la misión de Cristo, con la misión de la Iglesia.

El Decreto *Ad Gentes* recuerda que el misionero debe consagrarse totalmente a la obra de la evangelización, estando dispuesto a perseverar toda la vida en su

vocación. Reconociendo la validez de las diversas formas de servicio a la misión, es necesario reafirmar "la prioridad de la vocación total y perpetua a la obra de las misiones", nos dirá la *Redemptoris missio* (79).

4.2. Espiritualidad para acompañar y garantizar procesos de iniciación y maduración en la fe

El misionero cuando se inserta de verdad en un pueblo, lo cual implica actitudes y tiempo, participa también de su espiritualidad. No olvidemos que la humanidad forma una gran comunidad guiada por el Espíritu y en la cual el Espíritu actúa en la diversidad de pueblos y culturas generando una admirable comunión.

La espiritualidad del misionero debe alimentarse del caminar espiritual de los pueblos en los que se inserta, de la realidad histórica que le desafía y que le estimula a la vez. El lugar de su vida y de su misión es el pueblo que Dios ha elegido como destinatario de su Reino. Ser misionero es, ante todo, dejarse evangelizar y participar de la experiencia que ese pueblo va teniendo de Dios. El misionero se hace compañero de camino de ese pueblo.

En ese caminar, lento tantas veces, el misionero aprende a ir al ritmo del pueblo y con su presencia estimulante garantiza los procesos de iniciación y maduración en la fe. El misionero con prisas, sin posibilidad de detenerse, que va corriendo a todas partes, que se mueve de un lado a otro con un arsenal de medios y de recursos, no al alcance de la gente, es incapaz de descubrir ni las semillas del Verbo, ni la acción de Dios, ni escuchar los gritos y susurros del Espíritu.

En la vida misionera no hay que estar tan preocupados del hacer como del ser. Importa, sobre todo, ser una presencia del amor de Dios que, como la sal, da sabor, construye una comunidad de pobres.

Hoy cuando se critican las utopías (de derechas o de izquierdas) y los grandes relatos de la modernidad (razón, progreso, revolución, libertad, historia) prefiriendo gozar de lo inmediato, centrándose, sobre todo, en el presente y valorando la cotidianidad, el misionero tiene que ser una persona sin prisas, pero apasionado por la tarea misionera que no entiende tanto de realizaciones materiales, construcciones, proyectos cuanto de los lazos, los frutos de comunión creados entre la gente, la calidad en nuestra manera de "estar con", de nuestra fraternidad, de nuestra ternura, de nuestra comprensión, de nuestra compasión y de nuestra hospitalidad.

La paciencia es, sin duda, una de las virtudes más misioneras. Caminar con la gente, adaptarse a su ritmo. No tratar de imponer ni de imponerse por la fuerza. El misionero poco a poco debe perder la obsesión por la prisa y darse cuenta que la eficacia de la misión se mide con otros parámetros.

Los pobres valoran, por encima de todo, la hospitalidad y la acogida. En sus culturas, más humanistas que las nuestras, el centro de todo es la relación, la interdependencia, la comunidad. El misionero solitario en su ser y actuar, no sirve. Debe gozar con la presencia y cercanía de la gente, sentirse a gusto con ella y acogerla, incondicionalmente. Sólo así podrá comprender y acompañar a la gente en los procesos de iniciación y maduración en la fe.

4.3. Disponibilidad, itinerancia, salida hacia los márgenes y los últimos

El hecho de que el misionero, al llegar a un lugar, trate de encarnarse, no quiere decir que tenga que instalarse. Al llegar, más bien, está proclamando que se va a marchar, que no se quedará.

El misionero es la expresión de una Iglesia itinerante, en movimiento permanente que sale al encuentro de nuevas gentes, que va descubriendo lo desconocido. Si la Iglesia es una casa, el misionero está a la puerta, siempre dispuesto al encuentro. La Iglesia anhela ser "una casa y escuela de comunión" (NMI 43).

El misionero ayuda a la Iglesia a vivir en lo provisional, a abandonar posiciones ocupadas, sedentarias, unidas a un espacio determinado y a personas conocidas. Su ministerio no consiste en conservar sino en suscitar respuestas al Evangelio.

Vocación misionera quiere decir, según Augusto Castro, vocación a una ministerialidad itinerante. "Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique, pues para eso he salido" (Mc 1,37)²⁹. La misión universal es movimiento, desplazamiento de un lugar a otro dejando atrás comunidades formadas, al estilo de Pablo, como signo e instrumento del Reino.

Este movimiento exige el sentido de lo provisional. No la provisionalidad del turista que, como ave migratoria, pasa sin un compromiso serio, sino la de Juan Bautista que dice: "Es necesario que él crezca y yo disminuya" (Jn 3,30). Se trata de una provisionalidad que exige, por una parte despojo de sí, de los propios proyectos personales, y, por otra, confianza en el otro, en sus capacidades para que pueda desarrollarse como un ser libre y responsable. Sentido de lo provisional es dejar que el otro sea; es ayudarlo a que sea autónomo, dándole espacio necesario para ello³⁰.

En esa disponibilidad e itinerancia el misionero tiene que salir hacia los márgenes, los últimos, las fronteras. La frontera es para el misionero no sólo un lugar, sino una situación y, sobre todo, una opción.

Hablar de frontera, es hablar de esas experiencias que nos hacen tocar los límites de la realidad y nos lanzan a un espacio conflictivo que conmueve nuestros principios y cuestiona los fundamentos de nuestras verdades e, incluso, nos lleva a pensar en el silencio de Dios. Es en estas situaciones límites que la fe se hace anuncio profético de un Dios que descoloca en su desmesura e invita con la tenacidad del amor a reconstruir ruinas, a reparar las brechas (Is 58,12) de lo que ha sido desgarrado, violentado, empujado a los márgenes del absurdo y de la injusticia, con una sola promesa: "El Señor te guiará siempre, te saciará en el desierto y te fortalecerá. Serás como un huerto regado, como un manantial inagotable" (Is 58,11)³¹.

Cobra aquí fuerza todo el trabajo de reconciliación, de sanación en sociedades atrasadas y deshechas por las guerras, injusticias. Esta disponibilidad de ir a los

²⁹ Cf. L. A. CASTRO, *Didáctica Misionera*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1991, 264.

³⁰ Cf. *Ibid.*, 264s.

³¹ Cf. C. SOTO VARELA, *La frontera, lugar de encuentro con Dios*, «CONFER» 169 (2005 / marzo) 76.

márgenes explica la presencia y la permanencia de los misioneros en medio de situaciones tan conflictivas.

La opción del misionero es ser persona de frontera sea ésta geográfica, religiosa o sociológica. Por lo general son tres fronteras que coinciden: los lejanos geográficamente son también los más pobres, los abandonados sociológicamente y los más alejados de la salvación. Por eso, ciertos mapas de algunas naciones y continentes se convierten en símbolos de la misión que llama, aun cuando hoy día debido al trastocamiento que se ha dado en las situaciones misioneras, las fronteras geográficas no sean tan determinantes.

La salida hacia los lejanos supone para el misionero *ad gentes* y *ad vitam*, rupturas al aceptar el mandato de ir (en sentido físico y no sólo espiritual) más allá de sus propias fronteras de cultura, religión, iglesia local. Jesús es misionero porque se mueve más allá de toda frontera. Lejos está de ser un símbolo de la propiedad privada con fronteras cerradas, protegidas, insuperables. Él no tiene fronteras, ni muros, ni propiedad (Mt 12,48-50; 8,20).

4.4. Profunda experiencia de Dios en medio del dolor

La pobreza y la injusticia son realidades que interpelan fuertemente la concepción cristiana de la salvación y, en consecuencia, del ejercicio de la misión.

Esto no significa que la acción misionera de la Iglesia deba orientarse sólo hacia estas situaciones, pero sí hay que recordar que la acción misionera se abre camino tantas veces en medio de contextos de extrema pobreza y muchas veces de injusticia y de conflictividad. Hablamos de una misión contextualizada por la situación de tantos pobres, explotados, víctimas modernas de la globalización para quienes la acción misionera debe ser, ante todo, una palabra de vida, de esperanza, una Buena Nueva.

La opción preferencial por los últimos marca la espiritualidad misionera de un modo irrenunciable. El misionero adopta los mismos sentimientos de Cristo quien mostró que eran los pobres y necesitados los que, de modo más nítido, podían captar la novedad y la frescura del Evangelio.

Dejarse guiar por el Espíritu que alienta y hace renacer realidades inesperadas entre los conflictos de la historia es otra de sus actitudes. El misionero asume como vocación la solidaridad con las heridas de la historia y con los lamentos de los hombres y mujeres maltratados por la vida para ofrecer la perspectiva de Jesús, enviado del Padre.

El misionero, solidario con la vida y con la causa de los pobres, se inserta también en contextos de marginación y exclusión y experimenta en su misma vida lo que es el hambre, la disciplina del clima, el cilicio de una vivienda precaria, el silencio de la pobreza cultural, la impotencia y el dolor de ver cómo se va deteriorando el tejido social y humano de un pueblo por las condiciones infrahumanas de vida.

Como el Siervo de Yahvé, el misionero carga con las debilidades y las dificultades de los demás. El Siervo se descubre como instrumento en medio de las manos de Dios y por ello nunca se pondrá en el centro, sino a un lado, allí donde los demás muestran sus debilidades y necesidades. Reconociendo su propia debilidad, confía

sobre todo en la fuerza de Dios y en el poder del Espíritu. La propia debilidad es el manantial de su propia fuerza.

La convivencia con el pobre despierta a un nuevo tipo de experiencia de Dios. Cuántas veces esta cercanía, este no poder vivir al margen de los problemas que vive el pueblo, sin caer en actitudes paternalistas, pero sí con una gran sensibilidad humana y social, un fuerte sentido de la justicia y de la verdad, ha ayudado al misionero a orar, experimentando a Dios en la dura realidad de cada día. Lo mismo habría que decir de ese aprender a rezar en el conflicto y con él.

El misionero tiene que caminar con su pueblo y aprender a resistir. Saber aguantar situaciones difíciles sin desplomarse, sin dimitir. La constancia, la paciencia ante las dificultades, la entrega, el fracaso, la cruz llevada con Cristo y con los crucificados de hoy, la esperanza son atributos de la misión. Misión, cruz y misionero/a forman un trío inseparable. Como en la vida de Jesús. No hay otro camino a recorrer. La misión nace y crece al pie de la cruz.

De ahí que la experiencia de Jesús en la cruz se convierta en el eje central de la espiritualidad misionera. El misionero, como Jesús en la cruz, no puede perder la perspectiva de la fe. Jesús, cuando todo parecía perdido, confía en el Padre, en sus manos entrega su Espíritu. Y en ese gesto de entregar el Espíritu, San Juan insinúa un doble sentido: morir y dar al mundo el Espíritu.

4.5. Abierta al diálogo interreligioso y a la interculturalidad como signo de la universalidad del Reino

Si entendemos la misión como continuación de la *missio Dei*, es decir como atributo del Dios Trinidad, que es comunión, interacción y diálogo entre El Padre, el Hijo y el Espíritu pero que al mismo tiempo en su comunicación interior se desborda a la creación entera, nos abrimos a una conceptualización de la misión como diálogo. Y es, que la misión entendida como continuación de la *missio Dei*, nos lleva a reconocer que Dios ha estado en diálogo con todos los pueblos desde el principio. Por lo tanto, otras religiones y otras tradiciones culturales contienen "semillas del Verbo" (AG 11).

Fue el Concilio Vaticano II quien introdujo el tema del diálogo. Los documentos declaran que la Iglesia no rechaza nada de lo que es verdadero y santo de las otras religiones, y urge a los católicos a entrar con prudencia y caridad en diálogo y colaboración con los miembros de otras religiones (*Nostra aetate*, 2; *Ad gentes*, 12). Los documentos postconciliares han subrayado esta idea de forma aún más fuerte. De ahí que el diálogo no sea simplemente una opción sino un imperativo de la misión³².

En el *Mensaje al Pueblo de Dios* del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios encontramos también una invitación al diálogo:

"También nosotros, los cristianos, por los caminos del mundo, estamos invitados - sin caer en el sincretismo que confunde y humilla la propia identidad espiritual - a entrar con respeto en diálogo con los hombres y

³² Cf. A. PERNÍA, *Evangelización y diálogo interreligioso*, «Testimonio»230 (2008 / nov-dic) 34-45.

mujeres de otras religiones, que escuchan y practican fielmente las indicaciones de sus libros sagrados, comenzando por el islamismo, que en su tradición acoge innumerables figuras, símbolos y temas bíblicos y nos ofrece el testimonio de una fe sincera en el Dios único, compasivo y misericordioso, Creador de todo el ser y Juez de la humanidad. El cristiano encuentra, además, sintonías comunes con las grandes tradiciones religiosas de Oriente que nos enseñan en sus Escrituras el respeto a la vida, la contemplación, el silencio, la sencillez, la renuncia, como sucede en el budismo. O bien, como en el hinduismo, exaltan el sentido de lo sagrado, el sacrificio, la peregrinación, el ayuno, los símbolos sagrados. O, también, como en el confucianismo, enseñan la sabiduría y los valores familiares y sociales. También queremos prestar nuestra cordial atención a las religiones tradicionales, con sus valores espirituales expresados en los ritos y las culturas orales, y entablar con ellas un respetuoso diálogo; y con cuantos no creen en Dios, pero se esfuerzan por «respetar el derecho, amar la lealtad, y proceder humildemente» (Mi 6, 8), tenemos que trabajar por un mundo más justo y en paz, y ofrecer en diálogo nuestro genuino testimonio de la Palabra de Dios, que puede revelarles nuevos y más altos horizontes de verdad y de amor” (nº 14).

El misionero tiene que ser una persona con una vivencia espiritual muy fuerte y sólida, pero al mismo tiempo, abierta a posibles encuentros e intercambios con otras experiencias religiosas. El diálogo interreligioso supone que haya antes encuentro auténtico. Cuando el diálogo está precedido por el encuentro podemos hablar sin estar en situación de enfrentamiento. El diálogo brota del encuentro, condición indispensable para el diálogo. No se trata de una estrategia, el encuentro es el corazón mismo de la misión, es gratuito y desinteresado. El dialogo interreligioso es fructuoso cuando se intercambian, sobre todo experiencias de vida mejor que ideas.

Por otra parte, cuando hoy en día pretendemos acercarnos a la realidad, de por sí compleja, indeterminada e incierta, necesitamos acercamientos múltiples, lecturas variadas, metodologías participativas. Es decir, ya no cabe un estilo monocultural y mono disciplinario de comprensión de la realidad sino que nos vemos obligados a incorporar el paradigma intercultural.

La interculturalidad es una experiencia de interrelación, reciprocidad, equilibrio, que presupone la capacidad de apertura interior, escucha sincera, encuentro entre diferentes, aprendizaje mutuo, reconciliación recíproca para buscar el diálogo y la construcción común de un proyecto nuevo de sociedad, de una Iglesia más auténtica.³³

La mayoría de los institutos misioneros, con su internacionalidad, contribuyen de una forma específica a la misión ya que dan testimonio de la unidad y diversidad de la Iglesia y del Reino de Dios. Este es un testimonio, particularmente necesario, en

³³ Cf. R. TOMICHA CHARUPA, *Espiritualidades misioneras interculturales*, «Testimonio» 230 (2008 / nov-dic) 59.

un mundo globalizado en el que naciones y pueblos, al mismo tiempo son forzados a convertirse, cada vez más, en interdependientes y continúan experimentando divisiones y conflictos étnicos y raciales³⁴.

Con la internacionalidad, los misioneros se convierten en una fuente de esperanza para un mundo desgarrado por malentendidos culturales y violencia étnica. En su vida fraterna y comunitaria, no exenta de tensiones, manifiestan que la diversidad no tiene que conducir a divisiones, sino a la unidad; que los enemigos pueden convertirse en amigos; que las murallas que nos dividen pueden convertirse en puertas abiertas; que los extraños pueden ser hermanos y hermanas y que las fronteras se pueden convertir en puentes que unen.

La genuina vida intercultural –dice Antonio Pernía– debe conducir a una situación en la cual las diferentes culturas se complementen de verdad unas a otras y las diferencias culturales no dificulten sino que enriquezcan la vida comunitaria y el servicio apostólico. Una comunidad intercultural no nace automáticamente, necesita un tiempo, ser creada de manera consciente, promovida intencionadamente, cuidada con esmero y nutrida con atención³⁵.

Si se quiere asumir y vivir el diálogo intercultural, es imprescindible una experiencia auténtica del misterio trinitario en todas sus dimensiones y expresiones. Las comunidades interculturales tienen que recrear, promover y forjar espiritualidades más evangélicas, más interculturales, más respetuosas con las diferencias. Aparecida invita a formarse con un corazón universal, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando la capacidad de contacto humano y de diálogo (DA 377).

Los misioneros y misioneras están llamados a responder al desafío misionero de la interculturalidad ayudando a promover una verdadera Iglesia multicultural. Una Iglesia que sea el hogar de gentes de diferentes culturas, que sea instrumento de diálogo intercultural y que sea signo de la inclusión de todos en el Reino de Dios. Una iglesia multicultural será un signo de que el Reino incluye a todos y no excluye a nadie, y de que en él no hay extranjeros ni forasteros, sólo hermanos y hermanas.

³⁴ Cf. A. PERNÍA, *Art. cit.*, 43.

³⁵ Cf. *Ibid.*, 44.